

— Pedid lo que gustéis, dijo el señor de Jussieu á Gilberto, que seguía con su cara oculta con las manos.

— Sí, pedid lo que gustéis, señor Gilberto, añadió la condesa con una sonrisa dirigida al discípulo abandonado.

Éste levantó su cara pálida, separó los cabellos pegados á su frente por el sudor y las lágrimas, y con voz sosegada dijo :

— Supuesto que se dignan ofrecerme un empleo, deseo entrar de ayudante de jardinero en Trianón.

Chon y la condesa se miraron, y la primera tocó ligeramente con su piecicito el de su hermana, haciéndole al mismo tiempo una guiñada triunfante ; la condesa hizo con la cabeza una seña de que comprendía perfectamente.

— ¿ Es factible, señor de Jussieu ? preguntó la condesa. Mucho lo desearía.

— Supuesto que lo deseáis, señora, está hecho, respondió el señor de Jussieu.

Gilberto se inclinó y puso una mano sobre su corazón, que rebosaba de alegría después de haber estado anegado en tristeza.

Ciudad de Nuevo León
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO

II

El apólogo

En aquel gabinetito de Luciennes en que hemos visto al conde Juan Dubarry tragarse, con mucho desagrado de la condesa, una gran cantidad de chocolate, el mariscal de Richelieu estaba tomando una colación con madama Dubarry, la cual, sin descuidar el tirar de las orejas á Zamora, se extendía cada vez más y con mayor negligencia sobre un sofá de raso bordado de flores, mientras que el viejo cortesano exhalaba ayes de admiración á cada nueva postura de aquella seductora criatura.

— ¡ Oh ! condesa, decía haciendo arrumacos como una vieja, váis á deshacer vuestro peinado. ¡ Ya se os ha deshecho una sortija de vuestro pelo ! ¡ Ah ! ¡ que se os cae una babucha !

— ¡ Bah ! querido duque, no hagáis caso, dijo la condesa arrancando distraidamente unos cuantos pelos á Zamora, y tendiéndose completamente en su sofá más voluptuosa y bella que Venus en su concha marina.

Zamora, poco sensible á todas aquellas posturas, rugió de cólera, pero lo calmó la condesa tomando de encima de la mesa un puñado de confites que le metió en el bolsillo. Zamora, de muy mal humor, volvió su bolsillo y derramó sus confites por el suelo.

— ¡ Tunantuelo ! dijo la condesa alargando una fina

pierna cuyo extremo fué á ponerse en contacto con las fantásticas bragas del negrito.

— ¡Oh, perdonadle! exclamó el viejo mariscal, porque, á fe de caballero, lo mataría.

— ¡Que no pueda yo matar hoy á cuantos me desagrada! dijo la condesa. ¡Me siento implacable!

— ¡Ah! ¿conque yo os desagrado? preguntó el duque.

— ¡Oh, no! vos al contrario: sois mi antiguo amigo, y os adoro; pero es que verdaderamente... ya veis, estoy loca.

— ¿Entonces es una enfermedad que os han pegado aquellos á quienes volvéis locos?

— ¡Cuidado! que me estáis provocando horriblemente con vuestras fingidas galanterías.

— ¡Condesa, condesa! principio á creer, no que estáis loca, sino que sois ingrata.

— No, yo no estoy loca ni soy ingrata, pero estoy...

— Y bien, veamos, ¿cómo estáis?

— Colérica, señor duque.

— ¿En verdad?

— ¡Y lo extrañáis?

— De ninguna manera, y á fe mía que no os falta por qué.

— He ahí lo que me irrita en vos, mariscal.

— ¿Hay en mí algo que os irrite, condesa?

— Sí.

— ¿Y qué es lo que os irrita, si gustáis decírmelo? Muy viejo soy para corregirme, pero con todo no hay esfuerzos que yo no sea capaz de hacer por agradaros.

— Lo que me irrita en vos es que siquiera sabéis de lo que se trata, mariscal.

— ¡Oh, que sí!

— ¿Conque sabéis lo que me tiene colérica?

— Sin duda; Zamora ha roto la fuente chinesca.

Una imperceptible sonrisa asomó á los labios de la joven, pero Zamora, que conocía su culpa, bajó la cabeza con humildad, como si el cielo estuviese preñado de una nube de sopapos y capirotaos.

— Sí, dijo la condesa exhalando un suspiro. Sí, duque, tenéis razón; eso es, y en verdad que sois un político diestro.

— Así me lo han dicho siempre, madama, respondió el señor de Richelieu con un aire lleno de humildad.

— ¡Oh! yo no tengo necesidad de que me lo digan para conocerlo, duque; y habéis dado con la causa de mi enojo en seguida, sin andar buscando á derecha é izquierda... ¡Eso es soberbio!

— Perfectamente; sin embargo no es eso sólo.

— ¡Ah! ¿en verdad?

— No, no es eso sólo, pues aun adivino otra cosa.

— ¿Verdaderamente?

— Sí.

— ¿Y qué es lo que adivináis?

— Adivino que esperabais ayer noche á S. M.

— ¿En dónde lo esperaba?

— Aquí.

— Bien, ¿y qué más?

— Y S. M. no ha venido.

La condesa se sonrió y se incorporó un poco sobre un codo.

— ¡Ah, ah! exclamó.

— Y sin embargo, dijo el duque, yo llevo de París.

— ¿Y eso qué prueba?

— ¡Pardiez! que podía no saber nada de lo que pasa en Versalles... y sin embargo...

— Duque, mi querido duque, hoy todo sois reticencias. ¡Qué diablo! Cuando uno ha principiado acaba, y sino no principia.

— Condesa, habiáis á vuestras anchuras; dejadme á lo menos tomar aliento. ¿ En dónde estaba ?

— Estabais en... sin embargo...

— ¡ Ah, sí ! es verdad. Y sin embargo no sólo sé que S. M. no ha venido, sino que aun adivino el porqué no ha venido.

— Duque, siempre he pensado para mis adentros que erais adivino; solamente que me faltaba una prueba.

— Pues bien, estoy dispuesto á daros esa prueba.

La condesa, que se interesaba en la conversación más de lo que quería aparentar, abandonó la cabeza de Zamora, cuya caballera estaba enredada entre sus blancos y finos dedos.

— ¡ Dádmela, duque, dádmela ! dijo con viveza.

— ¿ Delante del señor gobernador ? preguntó el duque con admiración.

— Máchate, Zamora, dijo la condesa al negrito, quien, loco de contento, se lanzó de un brinco desde el retrete á la antesala.

— En hora buena, murmuró Richelieu. ¿ Conque es preciso deciroslo todo, condesa ?

— ¡ Cómo ! ¿ os embarazaba ese mono de Zamora, duque ?

— Si he de decir la verdad, condesa, un testigo, cualquiera que sea, me embaraza siempre.

— Sí, cualquiera lo comprendo ; pero Zamora, ¿ es cualquiera ?

— Zamora no es ciego ni sordo, y por consiguiente es cualquiera : yo doy ese nombre al que es igual á mí en ojos, oídos y lengua ; es decir, á todo el que puede ver lo que yo hago, oír lo que yo digo, en fin á todo el que puede venderme. Establecida esta teoría, continúo.

— Sí, continuad, duque, y me haréis sumo placer.

— Placer, no lo creo, condesa ; pero no importa,

debo continuar. Conque el rey visitaba ayer á Trianón.

— ¿ El pequeño, ó el grande ?

— El pequeño, y daba el brazo á la Delfina.

— ¡ Ah !

— Y la señora Delfina que, como sabéis, es encantadora.....

— ¡ Ay !

— Le hacía tantas zalamerías... papita por aquí, papita por allá... que S. M., que tiene un corazón de oro, no pudo resistir ; de suerte que al paseo siguió la cena, á la cena los juegos inocentes... En fin.....

— En fin, dijo madama Dubarry pálida de impaciencia, el rey no ha venido á Luciennes, ¿ no es eso lo que queréis decir ?

— ¡ Dios mío ! eso es.

— Es muy natural : S. M. tenía allí todo lo que él ama.

— ¡ Ah ! no, no es eso ; y estáis muy lejos de creer lo que decís ; á lo sumo todo lo que le agrada....

— Es mucho peor, duque, pensad lo que decís : cenar, hablar, jugar, es todo lo que necesita. ¿ Y con quién ha jugado ?

— Con el señor de Choiseul.

La condesa hizo un movimiento de irritación.

— ¿ Queréis que no hablemos más de esto, condesa ? repuso Richelieu.

— Al contrario, caballero, deseo que hablemos.

— Sois tan animosa como aguda, madama ; ataquemos pues al toro por las astas, como dicen los españoles.

— He ahí un proverbio que madama de Choiseul no os perdonaría, duque.

— Sin embargo no le es aplicable. Decía pues, madama, que el señor de Choiseul, puesto que es pre-

ciso llamarlo por su nombre, le hacía la partida, y se la hizo con tanta suerte y destreza.....

— Que ganó.

— No, que perdió, y que S. M. ganó mil luises al piqué, juego en que S. M. tiene mucho amor propio, en atención á que lo juega muy mal.

— ¡ Oh ! Choiseul, Choiseul ! murmuró madama Dubarry. ¿ Y estaba también madama de Grammont ?

— Es decir, condesa, que estaba de marcha.

— ¿ La duquesa ?

— Sí, la duquesa, y creo que hace una tontería.

— ¿ Qué tontería ?

— Viendo que no la persiguen se amohina ; y viendo que no la destierran se destierra ella misma.

— ¿ Adónde ?

— Á provincia.

— Va allá á intrigar.

— ¡ Pardiez ! ¿ qué queréis que haga ? Conque, como estaba de marcha, quiso como era natu al saludar á la Delfina, quien la ama mucho. He ahí porqué se hallaba en Trianón.

— ¿ En el grande ?

— Sin duda, pues el pequeño no está todavía amueblado.

— ¡ Ah ! rodeándose de todos esos Choiseul, la señora Delfina da bien á entender qué partido quiere abrazar.

— No, condesa, no exageremos ; porque al cabo mañana habrá marchado ya la duquesa.

— ¡ Y el rey se divertía en donde no estaba yo ! exclamó la condesa con una indignación que no estaba exenta de cierto terror.

— ¡ Dios mío ! sí : es increíble, pero así es, condesa. Vamos, ¿ qué inferís de eso ?

— Que estáis bien informado, duque.

— ¿ Y nada más ?

— Sí, algo más.

— Entonces, acabad.

— Infiero también que, de buen grado ó por fuerza, es preciso sacar al rey de entre las garras de esos Choiseul, ó sino nosotros estamos perdidos.

— ¡ Ay Jesús !

— Perdonad, repuso la condesa ; digo nosotros, pero tranquilizaos, duque, pues esto sólo es aplicable á mi familia.

— Y á los amigos, condesa ; así permitid que á este título tome mi parte.

— ¿ Conque según eso sois del número de mis amigos ?

— Creía habéroslo dicho, madama.

— Eso no es bastante.

— Y habéroslo probado.

— Eso es mejor, ¿ y me ayudaréis ?

— Con todas mis fuerzas, condesa ; pero.....

— ¿ Pero qué ?

— No os debo ocultar que la obra es difícil.

— ¡ Cómo ! ¿ son indesarraigables los Choiseul ?

— Cuando menos, están plantados vigorosamente.

— ¿ Lo creéis así ?

— ¡ Vaya si lo creo !

— Así, diga lo que quiera el bueno de La Fontaine, no hay contra esa encina ni viento ni tempestad.

— Ese ministro es un gran genio.

— ¡ Bueno ! ¿ estáis hablando como los enciclopedistas, duque !

— ¿ No soy de la Academia ?

— ¡ Oh ! ¿ lo sois tan poco, duque !

— Verdad es, y tenéis razón ; quien lo es, es mi secretario y no yo. Pero no por eso persisto menos en mi opinión.

- ¿ De que el señor de Choiseul es un genio ?
 — Sin duda.
 — ¿ Pero en qué brilla ese genio ? Veamos.
 — Madama, en que ha hecho tal negocio de los parlamentos y de los ingleses, que el rey no puede desprenderse de él.
 — ¡ Los parlamentos ! lo que él hace es excitarlos contra S. M.
 — Sin duda, y en eso está su habilidad.
 — ¡ Los ingleses ! lo que hace es excitarlos á la guerra.
 — Justamente ; la paz le perdería.
 — Eso no es genio, duque.
 — Entonces, ¿ qué es, condesa ?
 — Es alta traición.
 — Condesa, cuando la alta traición triunfa, se llama genio, y me parece que el mejor.
 — Pues si así es, duque, yo conozco á alguno que es tan hábil como el señor de Choiseul.
 — ¡ Bah !
 — Á lo menos por lo tocante á los parlamentos.
 — Ese es el negocio principal.
 — Porque ese alguno es la causa de la sublevación de los parlamentos.
 — Condesa, excitáis mi curiosidad.
 — ¿ No lo conocéis, duque ?
 — Á fe mía que no.
 — Sin embargo, es de vuestra familia.
 — ¿ Tendría yo un hombre de genio en mi familia ?
 ¿ Habláis por casualidad del cardenal duque mi tío, madama ?
 — No, hablo de vuestro sobrino el duque de Aiguillon.
 — ¡ Ah ! verdad es, el señor de Aiguillon, que ha dado el impulso al negocio La Chalotais, es un mozo

- de provecho á fe mía ; si, si lo es. Os aseguro que se ha lucido en ese negocio. Ese sí, condesa, que es un hombre que una mujer debería atraerse.
 — ¿ Creeréis, duque, que no conozco á vuestro sobrino ?
 — ¿ Verdaderamente no lo conocéis, madama ?
 — No, no le he visto jamás.
 — ¡ Pobre muchacho ! en efecto, desde vuestro advenimiento siempre ha vivido en el fondo de la Bretaña. ¡ Cuidado con él cuando os vea, porque no está acostumbrado al sol !
 — ¿ Y cómo puede vivir entre esos golillas un hombre de talento y de raza como él ?
 — No pudiendo hacer otra cosa, los revoluciona. Ya comprendéis, condesa, cada uno se divierte con lo que puede, y como en Bretaña no hay grandes placeres... ¡ Ah ! ese sí que es hombre activo. ¡ Fuego ! ¡ qué servidor tendría el rey, si quisiera !... No sería él á quien los parlamentos se subiesen á las barbas. ¡ Ah ! es un verdadero Richelieu, condesa ; así permitidme.....
 — ¿ Qué ?
 — Que os lo presente la primera vez que venga.
 — ¿ Conque debe venir luego á París ?
 — ¿ Quién sabe ? quizás tenga aun que quedarse durante un lustro en la Bretaña, como dice ese ~~un~~ante de Voltaire ; quizás esté ya en camino ; tal vez esté á docientas leguas, ó tal vez en la barrera.
 Y el mariscal estudió en el rostro de la joven el efecto de estas últimas palabras. Pero después de un momento de meditación, dijo la condesa :
 — Volvamos al punto en que estábamos.
 — Adonde queráis, condesa.
 — ¿ En dónde estábamos ?
 — En el momento en que S. M. se divierte tanto en Trianón, en compañía del señor de Choiseul.

— Y en que hablábamos e la despedida de es Choiseul, duque.

— Es decir, en que hablabais de despedirlo, con desa.

— ¡ Cómo ! dijo la favorita. Tengo tantos deseos de que se marche que me expongo á morir si no lo logro, ¿ y no me ayudaréis, duque ?

— ¡ Oh ! ¡ oh ! exclamó Richelieu con gravedad. He ahí lo que en la política llamamos nosotros una insinuación.

— Tomadlo como os plazca, llamadlo como os convenga, pero respondedme categóricamente.

— ¡ Oh ! he ahí un adverbio muy feo en una chiquita y linda boca.

— ¿ Llamáis á eso responder, duque ?

— No precisamente; lo llamo preparar mi respuesta.

— ¿ Está ya preparada ?

— Aguardad.

— ¿ Vaciláis, duque ?

— No.

— Y bien; ya os escucho.

— ¿ Qué opináis de los apólogos, condesa ?

— Que son cosa muy vieja.

— ¡ Bah ! también el sol lo es, y aun no hemos inventado nada mejor para alumbrarnos.

— Oigamos pues el apólogo, pero que sea transparente.

— Como el cristal.

— Vamos, pues.

— ¿ Me escucháis, hermosa dama ?

— Escucho.

— Suponed pues, condesa... ya sabéis que en los apólogos siempre se supone.

— ¡ Dios mío ! ¡ qué pesado sois, duque !

— No creéis una palabra de cuanto estáis diciendo, condesa; porque jamás habéis escuchado con más atención.

— Sea así, no tengo razón.

— Suponed, pues, que os estáis paseando por vuestro hermoso jardín de Luciennes y que percibís una magnífica ciruela, una de esas ciruelas-claudias que tanto os gustan, porque tienen colores encarnados y purpurinos que se parecen á los vuestros.

— ¡ Adelante, adulador !

— Que percibís, digo, una de esas ciruelas en la punta de una rama á la copa de un árbol; ¿ qué es lo que hacéis, condesa ?

— ¡ Pardiez ! sacudo el árbol.

— Sí, pero inútilmente; porque el árbol es grueso, indarraigable, como vos deciais hace un momento; y no tardáis en observar que sin conmoerlo, os arañáis contra su corteza vuestras lindas manecitas. Entonces decís, volviendo la cabeza de ese modo adorable que sólo á vos y á las flores es peculiar: ¡ Dios mío, Dios mío ! ¡ cuánto quisiera ver en el suelo esa ciruela ! y os llenáis de despecho.

— Es bastante natural, duque.

— De seguro que no seré yo quien os diga lo contrario.

— Continuad, querido duque, porque vuestro apólogo me interesa vivamente.

— De súbito, al volveros de ese modo, percibís á vuestro amigo el duque de Richelieu que se pasea pensando.

— ¿ En qué ?

— ¡ Me gusta la pregunta ! En vos. Y vos le decís de vuestra admirable vocecita: ¡ Duque, duque !

— Muy bien.

— Vos sois un hombre, sois fuerte, habéis tomado

á Mahón; sacudidme un poco este diablo de árbol, para coger esa maldita ciruela. ¿Condesa, no es esto? ¡Heim!

— Absolutamente, duque; yo decía la cosa en voz baja, mientras vos la deciais en voz alta; pero ¿qué respondiais vos?

— ¿Qué respondía?

— Sí.

— Yo respondía... ¡Con qué interés lo tomáis, condesa!... Que me place en extremo; pero mirad, mirad qué sólido es este árbol, qué nudosas sus ramas: ¡qué diablo! Á mí también me gusta cuidar mis manos, aunque tienen cincuenta años más que las vuestras.

— ¡Ah! exclamó de súbito la condesa. Bien, ya comprendo.

— Entonces continuad el apólogo; ¿qué me decís?

— Os digo.....

— ¿Con vuestra dulce voz.....

— Sí, con mi dulce voz.

— Decid, decid.

— Os digo: querido mariscal, cesad de mirar con indiferencia esa ciruela, al cabo sólo miráis de ese modo porque no es para vos; deseadla conmigo, querido mariscal; codiciadla conmigo, y si me sacudís el árbol como se necesita, y cae la ciruela... ¡y bien!

— ¡Y bien!

— La comeremos entre los dos.

— ¡Bravo! exclamó el duque palmoteando.

— ¿No es eso?

— A fe mía, condesa, que no hay quien os iguale en terminar un apólogo. ¡Por mis cuernos, como decía mi difunto padre, que se ha arreglado galanamente!

— ¿Conque vais á sacudir el árbol, duque?

— Con ambas manos, condesa.

— Y la ciruela ¿era realmente una ciruela-claudia?

— No se puede asegurar perfectamente, condesa.

— Entonces ¿qué es?

— Me parece que lo que estaba en la copa del árbol era más bien una cartera.

— Entonces ¿para nosotros dos la cartera!

— ¡Oh! no, para mí solo. No me envidiéis esa cartera, condesa; pues con ella caerán tan hermosas cosas cuando yo haya sacudido el árbol, que no sabréis en qué escoger.

— Y bien, mariscal, ¿es negocio arreglado?

— Yo ocuparé el puesto del señor de Choiseul.

— Si el rey lo quiere.

— ¿No quiere el rey todo lo que vos queréis?

— Bien estáis viendo que no, puesto que no quiere despedir á su Choiseul.

— ¡Oh! esperó que el rey se dignará acordarse de su viejo compañero.

— ¿De armas?

— Sí, de armas; los más grandes peligros no están siempre en la guerra, condesa.

— ¿Y no pedís nada para el duque de Aiguillon?

— Á fe mía que no; ese buen perillán ya sabrá pedirlo él mismo.

— Además, ahí estaréis vos. Ahora, á mi vez.

— Á vuestra vez, ¿el qué?

— El pediros.

— Justo es.

— ¿Qué me daréis?

— Lo que queráis.

— Yo lo quiero todo.

— Es muy razonable.

— ¿Y lo tendré?

— Bella pregunta. ¿Pero á lo menos os daréis por satisfecha, y no me pediréis más que eso?

— Nada más que eso, y otra cosita.

- Decid qué cosita.
 — ¿ Conocéis al señor de Taverney ?
 — Es mi amigo hace cuarenta años.
 — ¿ Tiene un hijo ?
 — Y una hija.
 — Precisamente.
 — ¿ Y qué más ?
 — Nada más.
 — ¿ Cómo nada más ?
 — Sí, esa cosita que aun tengo que pedir, os la pediré en su tiempo y lugar.
 — Admirablemente.
 — ¿ Quedamos corrientes, duque ?
 — Sí, condesa.
 — Queda firmado.
 — Jurado, que es mucho mejor.
 — Entonces, derribadme el árbol.
 — Tengo medios para hacerlo.
 — ¿ Cuáles ?
 — Mi sobrino.
 — ¿ Y qué más ?
 — Los jesuitas.
 — ¡ Ah ! ¡ ah !
 — Todo un pequeño plan muy agradable que me había formado al acaso.
 — ¿ Se puede saber ?
 — ¡ Ay, condesa !
 — Sí, sí, tenéis razón.
 — Bien sabéis que el secreto.....
 — Es el alma del acierto, acabo vuestra idea.
 — Sois adorable.
 — Pero yo quiero sacudir el árbol por mi parte.
 — Muy bien ; sacudid, sacudid, condesa, que lo mucho no daña.
 — Y tengo mi medio.

- ¿ Lo creéis bueno ?
 — Estoy pagada por eso.
 — ¿Cuál es ?
 — ¡ Ah ! ya lo veréis, duque ; ó más bien.....?
 — ¿ Qué ?
 — No, no lo veréis.

Y pronunciadas estas palabras con una dulzura que era peculiar á aquella hechicera boca, la loca condesa, como si volviese en sí, bajó rápidamente las ondas de raso de su falda que, en el acceso diplomático, había operado un movimiento de flujo equivalente al de la mar.

El duque, que era algún tanto marino, y que por consiguiente estaba familiarizado con los caprichos del Océano, soltó la carcajada, besó las manos de la condesa, y adivinó, él que tan bien adivinaba, que estaba concluída su audiencia.

- ¿ Cuándo principiaréis á derribar el árbol, duque ?
 — Mañana. Y vos, ¿ cuándo principiaréis á sacudirlo ?

Oyóse un gran ruido de coches en el patio, y casi al mismo tiempo los gritos de : ¡ Viva el rey !

- ¡ Yo ! dijo la condesa mirando por lo ventana, yo voy á principiar en seguida.

- ¡ Bravo !
 — Bajad por la escalera excusada, duque, y aguardadme en el patio, pues tendréis mi respuesta dentro de una hora.